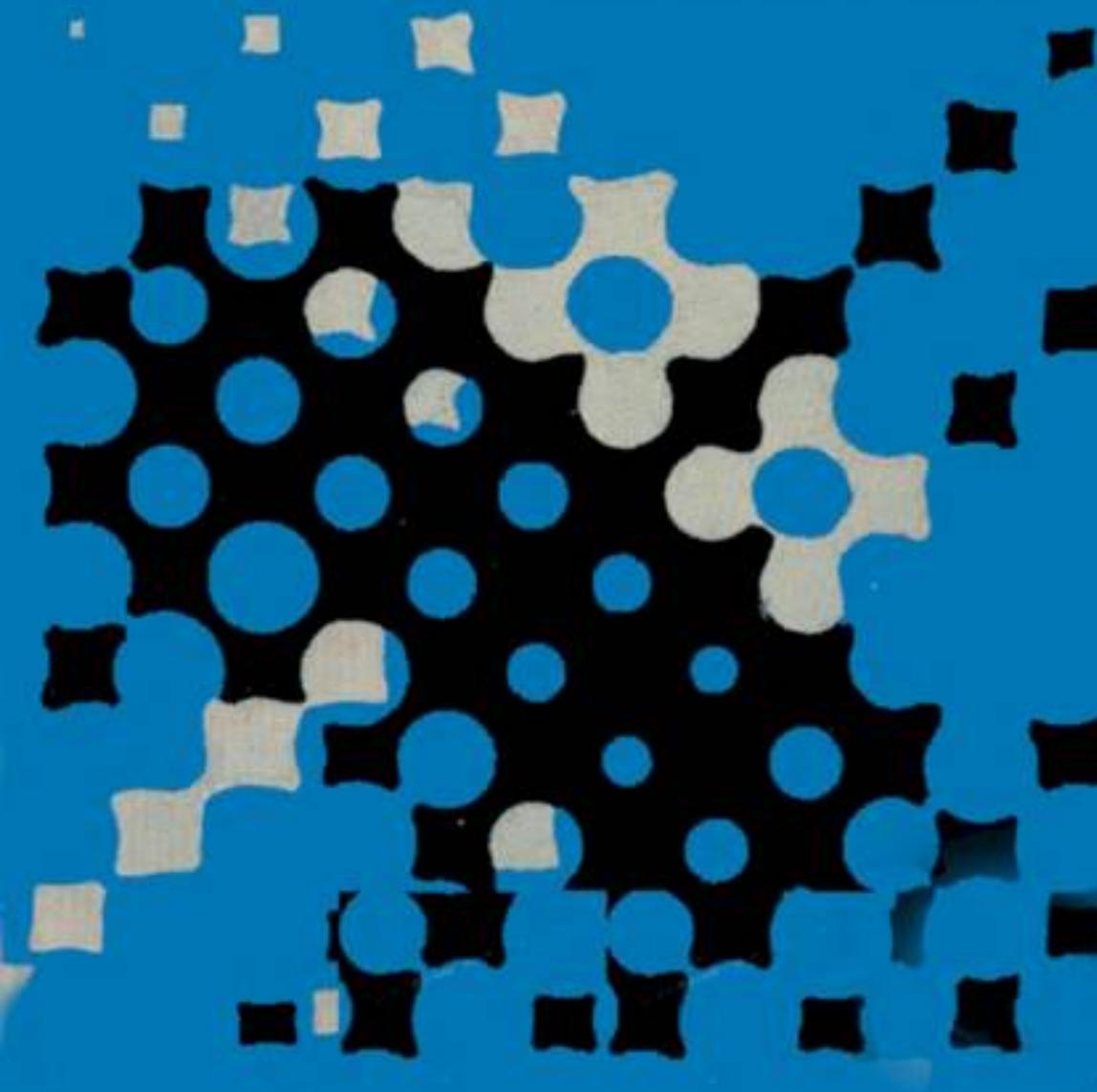


# **HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA**

**Los precursores 1789-1850**

**G.D.H. COLE**



G. D. H. Cole

# LOS PRECURSORES (1789-1850)

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA I

Título original: A history of socialist thought. The forerunners (1789-1850)

G. D. H. Cole, 1953

Traducción: Rubén Landa

# Prólogo

ESTE libro, aunque por sí mismo constituye una unidad, será el primero de una serie que formará una historia general del pensamiento socialista. Aproximadamente abarca desde 1789 hasta mediados del siglo XIX; pero aun dentro de los límites que yo mismo me he puesto, deja fuera algo que pertenece a este período. La mayor de estas omisiones es la relativa al socialismo ruso, desde los proyectos de nacionalización de la tierra de Pestel, en la década de 1820, hasta Belinsky, Herzen y Bakunin, quienes actuaron bastante antes de 1850. Esta omisión es deliberada y quedará reparada en el volumen segundo. He creído más conveniente posponer el estudio de Herzen y Bakunin a fin de poder enlazarlos directamente con desarrollos posteriores: a Herzen con Chemishevsky y los Narodniks, y a Bakunin con las luchas que dividieron la Primera Internacional y con el desarrollo del anarquismo. En cambio el estudio de varios pensadores de que trato en este volumen lo he continuado hasta después de 1850. Blanqui y Proudhon son ejemplos salientes de esto. Por otra parte, en el caso de Marx y Engels he procurado tratar sólo de sus primeras fases, dejando que el desarrollo posterior de su pensamiento sea examinado en relación con los movimientos que ellos crearon o en los cuales influyeron durante la segunda mitad del siglo. Así pues, en este volumen no se intenta exponer el marxismo de una manera completa: termina, no completamente en el *Manifiesto comunista*, sino en la disolución de la Liga comunista después del eclipse del movimiento revolucionario de Europa al comenzar la década de 1850.

Quiero dejar sentado que esta obra no trata de ser una historia del socialismo, sino sólo del *pensamiento* socialista con las referencias al movimiento socialista que sean

necesarias para explicar el pensamiento. En realidad, escribir una historia completa del socialismo sería tarea imposible para un solo autor y tendría que ser algo más extenso de lo que yo pienso escribir, aun en el caso de que tuviese los conocimientos necesarios. Incluso dentro de los límites más modestos de lo que intento, reconozco mis defectos. No sé ruso, casi nada de español, muy poco de italiano y no mucho de alemán; y me desagrada tanto leer alemán que lo evito siempre que puedo. Por consiguiente tiendo a valerme de traducciones inglesas o francesas, cuando existen, de obras escritas en aquellas lenguas, y sólo acudo a los originales en alemán de obras traducidas cuando necesito asegurarme de que la versión de algún pasaje no está equivocada. Tiendo también a tomar mi material alemán mucho más de segunda mano, cuando no existen traducciones, que cuando se trata de obras escritas en inglés o francés; y espero que mis lectores más expertos fácilmente descubrirán esto por sí mismos, aunque espero no haberme dejado extraviar demasiado.

El segundo volumen de esta obra está ya bosquejado a medias. Además de incluir a los precursores rusos omitidos, trata principalmente de las últimas fases del marxismo hasta la aparición de los partidos socialdemócratas del último cuarto del siglo XIX, de la Primera Internacional, la Comuna de París y la división de marxistas, anarquistas y de los que, como los fabianos y los laboristas independientes de Inglaterra, no eran ni lo uno ni lo otro, y también del desarrollo de la doctrina social cristiana posterior a 1850 y del movimiento alemán peculiarmente llamado con frecuencia «Socialismo académico» o «Socialismo de cátedra». Menciono estos hechos porque ayudan a explicar la omisión en este volumen de un número de socialistas no rusos, que empezaron a actuar bastante antes de 1850; por ejemplo: Rodbertus, Lasalle y Von Ketteler en Alemania; Colins,

Kats y De Kayser en Bélgica, y algunos de los precursores italianos y españoles.

Respecto a este volumen primero debo expresar mi gratitud a varias personas. Sobre todo a mi colega Isaiah Berlin, quien ha leído en pruebas todo el libro y que me ha ayudado a mejorarlo considerablemente de acuerdo con su crítica sagaz y admirable. También debo indicaciones valiosas a mis colegas el Dr. H. G. Schenk y John Plamenatz, que leyeron algunos capítulos y me corrigieron varios pasajes en que me había desorientado. También estoy muy agradecido a mi cuñado Raymond Postgate, así como a mi amigo H. L. Beales por el préstamo de libros, que no me hubiese sido fácil obtener por otro lado; y, como siempre, debo mucho a la incansable ayuda de mi secretaria Rosamund Broadley, quien, milagrosamente, puede entender mi letra y perdonármela.

Con mi esposa estoy tan a menudo en deuda que generalmente acabo por no dar le las gracias.

G. D. H. Cole

All Souls College, Oxford

Julio, 1952

# Capítulo I

## Introducción

LA imposibilidad de definir el socialismo ha sido puesta de relieve con frecuencia y considerada a veces como un reproche. Pero ni en política ni en moral hay ninguna idea o sistema importante capaz de ser exactamente definido. ¿Quién puede definir satisfactoriamente lo que es la democracia, la libertad, la virtud, la felicidad, el Estado, el individualismo o el socialismo? Lo más que puede intentarse en casos como éstos, con alguna probabilidad de éxito, es descubrir algún núcleo central del significado, que esté, presente con adiciones distintas, en todos o en muchos de los diferentes usos de las palabras de que se trate, pero que, casi seguramente, nunca se encontrará solo, sin alguna adición. El descubrimiento de ese núcleo central no bastará para que comprendamos estas palabras; porque los significados añadidos forman parte no menos esencial de los significados adquiridos. Una palabra significa lo que es costumbre que signifique, o, para fines prácticos, por lo menos, lo que es o ha sido generalmente costumbre que signifique para personas cuyas expresiones debemos tener en cuenta. Sin embargo, si podemos encontrar un núcleo central al significado, estaremos en mejores condiciones para comprender sus diferentes usos, y en la búsqueda de este núcleo es un primer paso valioso averiguar cómo empezó a emplearse la palabra.

No se sabe quién empleó por primera vez los vocablos «socialismo» y «socialista». Hasta donde se sabe, aparecieron impresos por primera vez en italiano en 1803, pero con un sentido que no tiene relación con ninguno de sus significados posteriores. Después no se encuentran huellas

de ellos hasta 1897, cuando la palabra «socialista» fue empleada en el owenista *Co-operative Magazine* para designar a los partidarios de las doctrinas cooperativas de Owen. La palabra *socialisme* apareció, que se sepa, por primera vez impresa en el periódico francés *Le Globe* en 1832. Este periódico estaba entonces dirigido por Pierre Leroux, que había hecho de él el órgano principal de los saint-simonianos; y la palabra *socialisme* fue empleada como caracterización de la doctrina saint-simoniana. La palabra se empicó con frecuencia por Leroux y Reynaud durante la década de 1830 en su *Nouvelle Encyclopédie* y en otros escritos, y pronto llegó a usarse en un sentido más amplio para incluir un número de grupos que aspiraban a alguna clase de orden social nuevo, basado en una concepción económica y social de los derechos humanos. Después, tanto «socialismo» como «socialista» fueron empleados muy a menudo en Francia y en la Gran Bretaña, y pronto pasaron a Alemania, a otros países europeos y, también, a los Estados Unidos. Es muy probable que se emplearan oralmente antes de que las escribieran: las más antiguas acepciones que se conocen no hacen pensar en que se creyese que fueran palabras recientemente acuñadas, aunque acaso lo eran. Eran términos convenientes y muy naturales para describir ciertas actitudes y proyectos de reorganización social para los cuales, hacia la tercera década del siglo XIX, se hizo necesario en el lenguaje corriente una etiqueta de amplia identificación.

Es bastante fácil ver, de un modo general, lo que querían dar a entender con ellas quienes las usaban como lemas clasificadores. Estaban formadas con la palabra «social», y se aplicaban lo mismo a las personas que defendían doctrinas a las que se creía apropiada tal designación, como a las doctrinas profesadas por ellas. En este sentido la palabra «social» contrastaba con la palabra «individual». «Socialistas» eran los que oponiéndose a que se subrayaran en forma predominante las exigencias del individuo, hacían

resaltar el elemento social en las relaciones humanas y trataban de poner en primer lugar ese aspecto en el gran debate acerca de los derechos del hombre que desencadenó en el mundo la Revolución Francesa y también la revolución simultánea en el campo económico. Antes de que se llegara a usar la palabra «socialismo», los hombres habían hablado de «sistemas sociales», queriendo decir poco más o menos lo mismo. La palabra «socialistas» denotaba a quienes defendían alguno de los muchos «sistemas sociales» que luchaban entre sí y que coincidían en la hostilidad contra el orden individualista que prevalecía en lo económico, y contra el predominio concedido a las cuestiones políticas sobre las sociales y económicas en las opiniones y actitudes contemporáneas acerca de las relaciones humanas y de la ordenación justa de los asuntos públicos.

Los grupos a los que de este modo se llamó originalmente «socialistas» fueron principalmente tres, aunque hubo muchos grupos menores que representaban tendencias en gran parte similares. En Francia eran los saint-simonianos y los fourieristas, y en la Gran Bretaña los owenianos, que, en 1841, adoptaron oficialmente el nombre de socialistas. Saint-Simon, Fourier y Robert Owen coincidían, a pesar de sus muchas diferencias, en el punto de vista esencialmente social. Esto era verdad por lo menos en tres sentidos diferentes, aunque relacionados. En primer lugar, los tres consideraban la «cuestión social», con mucho, la más importante de todas, e insistían en que, por encima de todo, la tarea de los hombres de bien era promover la felicidad y el bienestar generales. En segundo término, los tres consideraban esta tarea completamente incompatible con la continuación de cualquier orden social que se basara en una lucha de competencia entre los hombres por obtener los medios de vida, o que la fomentase. En tercer lugar, los tres desconfiaban mucho de la «política» y de los políticos, y creían que la dirección futura de los asuntos sociales de-

berían ejercerla principalmente no los parlamentos o los ministros, sino «los productores», y que si el aspecto económico y el social de los asuntos humanos pudieran organizarse de manera adecuada, las formas tradicionales del gobierno y de la organización política serían pronto invalidadas, y un mundo nuevo de paz y colaboración internacional reemplazaría al antiguo de los conflictos dinásticos e imperialistas. Esta desconfianza hacia la «política» y esta creencia en que el orden «político» estaba destinado a ser reemplazado pronto por una dirección mejor de los asuntos humanos las compartían, desde luego, muchos pensadores de principios del siglo XIX que no eran socialistas en sentido estricto, como Víctor Hugo, por ejemplo. El contraste entre la actitud «política» y la «social» ante los problemas de la humanidad penetra mucho del pensamiento del período que sigue a las guerras napoleónicas.

Dentro de esta coincidencia había diferencias considerables. Los fourieristas y los owenianos eran creadores de comunidades; se propusieron invalidar las sociedades antiguas y cubrir la tierra con una red de comunidades locales fundadas en una base verdaderamente social, y creían que estas nuevas fundaciones podían, sin violencia o revolución, reemplazar las estructuras existentes por el mero efecto de su superioridad para promover el bienestar de los hombres. Por otra parte, los saint-simonianos creían firmemente en las virtudes de una organización y una planificación científica en gran escala, y aspiraban a transformar los Estados nacionales en grandes corporaciones productoras dominadas por hombres de ciencia y de gran capacidad técnica y a enlazar estos Estados regenerados mediante grandes planes de desarrollo económico y social de amplitud mundial. Los owenianos y los fourieristas en su mayor parte evitaban la actividad política en el sentido corriente del término, mientras que los saint-simonianos tendían a apoderarse de los

Estados y gobiernos y a transformarlos de manera conveniente a sus nuevos propósitos.

Asimismo, mientras los discípulos de Fourier pensaban sobre todo en un cultivo intensivo de la tierra y relegaban la industria y el comercio a posiciones inferiores, los owenianos se dieron cuenta de la importancia de la Revolución Industrial y pensaban en una nueva sociedad basada en un equilibrio de la agricultura y la industria, y los saint-simonianos fijaron principalmente la atención en grandes obras de ingeniería (apertura de canales, irrigación, construcción de caminos y ferrocarriles) y en la organización de los bancos y de las finanzas como instrumentos de planificación económica en gran escala.

Había, pues, grandes diferencias; pero el elemento común a las tres doctrinas bastaba, sin embargo, para darles en el lenguaje popular el mismo nombre. Las tres eran enemigas del individualismo, del sistema económico de la competencia y de la idea de que una ley económica natural por sí misma produciría el bien general, sólo con que los políticos se abstuviesen de seguir regulando los problemas económicos a la vez que reforzaban los derechos de propiedad. Las tres defendían, en contra del *laissez-faire*, la opinión de que los asuntos económicos y sociales necesitaban una organización colectiva de carácter positivo para fomentar el bienestar, y que esta organización habría de basarse, en cierto modo, en un principio de cooperación y no de competencia. En 1839, el economista Jérôme Blanqui, en su precursora *History of Political Economy*, los denominaba a todos «socialistas utópicos», nombre que había de quedar permanentemente unido a ellos por haberlo adoptado Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*.

Así pues, socialismo, tal como la palabra se empleó primero, significaba ordenación colectiva de los asuntos hu-

manos sobre una base de cooperación, con la felicidad y el bienestar de todos como fin, y haciendo resaltar no la «política», sino la producción y la distribución de la riqueza y la intensificación de los influjos «socializantes» en la educación de los ciudadanos a lo largo de toda su vida mediante formas cooperativas de conducta, en contra de las de competencia, y mediante actitudes y creencias sociales. De aquí se sigue que todos los «socialistas» estaban profundamente interesados en la educación, y consideraban una buena educación social como un fundamental «derecho del hombre».

Adviértase que en esta definición de las características comunes de la de la doctrina «socialista» primitiva no se habla para nada del proletariado o de una lucha de clases entre éste y la clase capitalista o patronal. No se hace referencia alguna a estos conceptos porque, salvo muy secundariamente, apenas tiene cabida entre las ideas de estas escuelas socialistas, aunque, por supuesto, fueran preponderantes en el movimiento de Babeuf, y pronto volverían a serlo en las luchas sociales de las décadas de 1830 y de 1840. Ni Saint-Simon, ni Fourier, ni Robert Owen pensaron para nada en una lucha de clases entre capitalistas y trabajadores como clases económicas rivales, ni creyeron que realizar sus proyectos implicaba una gran batalla entre el proletariado y la burguesía. Todos coincidían en que, tal como las cosas estaban, los trabajadores eran víctimas de una explotación; todos se presentaban como defensores de los derechos de la que Saint-Simon llamó «*la classe la plus nombreuse et la plus pauvre*»; todos atacaron la indebida desigualdad de la propiedad y de los ingresos, y exigían la regulación y limitación de los derechos de propiedad. Pero más bien pensaban que los abusos del sistema de propiedad nacían de las exigencias excesivas de *les oisifs* —los ociosos— (otra expresión de Saint-Simon) y no de la explotación del obrero por su patrono, lo cual más tarde consi-

deraron, en general, como una consecuencia secundaria del sistema de privilegios oligárquicos. Ni ha de olvidarse que «la clase más numerosa y más pobre» todavía la formaban, en todas las naciones, principalmente campesinos y no obreros industriales. Saint-Simon esperaba que *les industriels*, tanto los patronos como los obreros, se unieran en la lucha contra las antiguas clases privilegiadas y los Estados antiguos que mantenían el poder de que disfrutaban. Deseaba que los hombres fuesen retribuidos estrictamente de acuerdo con sus verdaderos servicios, doctrina de la cual sus partidarios sacaron la deducción lógica de que la herencia debía ser suprimida. Estaba completamente dispuesto a que *les grands industriels* obtuviesen grandes ingresos en pago de grandes servicios al público. Fourier deseaba limitar la participación de los capitalistas y de los gerentes a una proporción determinada del producto total, y también a establecer un impuesto progresivo sobre los ingresos debidos a la propiedad; pero no trataba de suprimir los derechos de propiedad o de imponer igualdad en los ingresos. Owen quería que el capital recibiese sólo un dividendo fijo o máximo, y que todas esas ganancias excedentes se dedicasen al desarrollo de los servicios sociales, en beneficio general. Y también creía que, con el tiempo, a medida que las instituciones de la nueva sociedad se desarrollasen, el deseo de ser más ricos que los demás desaparecería y que los dueños del capital renunciarían voluntariamente a su parte. Ni él ni Fourier, coincidiendo en esto con Saint-Simon, concebían sus planes como invocación a una lucha de masas entre la clase patronal y la obrera.

Así sucedió que Fourier, día tras día y año tras año, esperó en vano a que los capitalistas que estuviesen dispuestos a financiar las comunidades propuestas por él respondiesen a sus demandas; mientras Owen gastó su dinero y el de sus amigos en sus «aldeas cooperativas» y anduvo siempre en busca de hombres ricos capaces de compren-

der la belleza de sus ideas. Saint-Simon también soñaba en ricos que le ayudasen; y sus sucesores a veces los encontraron. En realidad, su discípulo más conocido, Enfantin, llegó a ser director de un ferrocarril, y otros saint-simonianos, como los hermanos Pereire, representaron papeles principales en el mundo financiero. El socialismo, en sus primeros tiempos, y tal como entonces se entendía esta palabra, desde luego no fue una doctrina de lucha de clases entre el *capital* y el *trabajo*.

La doctrina de la lucha de clases, sin embargo, no sólo existió mucho antes de que se emplease la palabra «socialista», sino que tuvo sus escuelas doctrinales propias y variantes de opinión, que fueron consideradas como distintas de las del «socialismo». Los principales exponentes de la lucha de clases en las décadas de 1820 y 1830 fueron aquellos que, en la extrema izquierda del radicalismo, volvían la vista atrás buscando inspiración en Gracchus Babeuf y en la *Conspiración de los Iguales* (*Conspiration des Égaux*) de 1796. Las palabras *babouvisme* y *babouviste* fueron de uso frecuente en Francia, especialmente después de la revolución de 1830; y la palabra *prolétarien* estaba especialmente asociada con la tradición *babouviste*. Los partidarios de Babeuf, como los owenianos, los fourieristas y los saint-simonianos, hacían resaltar la «cuestión social», y a veces se mezclaban estos grupos bajo el nombre general de «socialistas». Pero hasta mucho después de 1830 era más frecuente establecer una diferencia, sobre todo a causa de que, mientras los saint-simonianos y los fourieristas eran grupos organizados y reconocidos (como lo eran los owenianos en la Gran Bretaña), el *babouvisme* era una tendencia más bien que una secta, y sus exponentes se hallaban entre los miembros de sociedades y clubes democráticos y revolucionarios que públicamente no habían profesado de él, como una doctrina, sino que lo consideraban más bien como una expresión importante de la izquierda jacobina y

como un primer intento de llevar la revolución de 1789 hasta su última conclusión lógica.

«Comunismo» fue otra palabra que empezó a usarse en Francia durante la fermentación social que siguió a la revolución de 1830. No es posible decir exactamente cómo y cuándo surgió; pero la advertimos por primera vez en relación con alguna de las sociedades revolucionarias secretas de París durante la década del 30 y sabemos que se hizo de uso corriente hacia 1840 principalmente para designar las teorías de Étienne Cabet. Tal como la usaban los franceses, evocaba la idea de la *commune*, como la unidad básica, de la vecindad y el gobierno autónomo, e indicaba una forma de organización social basada en una federación de «cumunas libres». Pero al mismo tiempo sugería la noción de *communauté*, la de tener cosas en común y de propiedad común; bajo este aspecto fue desarrollada por Cabet y sus partidarios, mientras que el otro aspecto la relacionaba más bien con los clubes clandestinos de extrema izquierda y, a través de ellos, con los de revolucionarios exiliados, por medio de los cuales pasó a ser empleada en el nombre de la Liga Comunista de 1847 y en el del *Manifiesto comunista* de 1848. Parece ser que en la Gran Bretaña la palabra «comunista» se empleó por primera vez en 1840, importada de Francia por el oweniano John Goodwyn Barmby, en sus cartas de París publicadas en *The New Moral World*. La usaba sobre todo refiriéndose a los partidarios de Cabet, que habían sido muy influidos por el owenismo. En la década de 1840 se la empleó con frecuencia en relación con «socialismo», pero generalmente como distinta de éste, y con significación algo más militante. Fue deliberadamente elegida por el grupo para el cual Marx y Engels prepararon el *Manifiesto comunista*, porque implicaba más que la palabra «socialista» la idea de lucha revolucionaria y tenía al mismo tiempo una conexión más clara con la idea de propiedad y goce comunes. Era, según ha explicado Engels, menos

«utópica»: se prestaba mejor a ser asociada con la idea de la lucha de clases y con la concepción materialista de la historia.

Hasta ahora, hemos hablado de palabras y de ideas y escuelas de pensamiento y acción a las que designaron cuando fueron empleadas por primera vez. Pero, por supuesto, muchas de las ideas habían existido mucho antes de que esas escuelas naciesen. No había nada nuevo en acentuar las exigencias de la sociedad en contra del individuo; tampoco en denunciar las desigualdades sociales o en acusar a los ricos de explotar a los pobres, ni en afirmar la necesidad de una educación de todos los ciudadanos en los principios de la moralidad social o en proponer la comunidad de bienes. Desde luego, tampoco había novedad en escribir utopías sociales, o en reclamar para todos los hombres tanto derechos económicos como civiles y políticos. Por consiguiente es muy natural que las palabras que se emplearon para designar a fourieristas, saint-simonianos, owenianos, icarianos (partidarios de Cabet) y las demás sectas de principios del siglo XIX se aplicasen antes de mucho tiempo a pensadores y proyectistas cuyas ideas, en cierto modo, parecían análogas a las de aquéllos. Las etiquetas de «socialista», «comunista» y más tarde «anarquista» vinieron a emplearse con referencia a toda clase de doctrinas periclitadas que daban especial importancia a la vida en común, a la propiedad colectiva, a la educación en la moralidad social o a la planificación social colectiva y al control del medio ambiente cuyos hábitos e instituciones moldeaban la vida humana.

En Francia, donde se originó gran parte de la teoría socialista, el pensamiento de los hombres se volvió naturalmente en primer lugar a todos los precursores inmediatos de Saint-Simon y de Fourier, a aquellos que, como los filósofos de la Ilustración del siglo XVIII, habían escrito, a me-